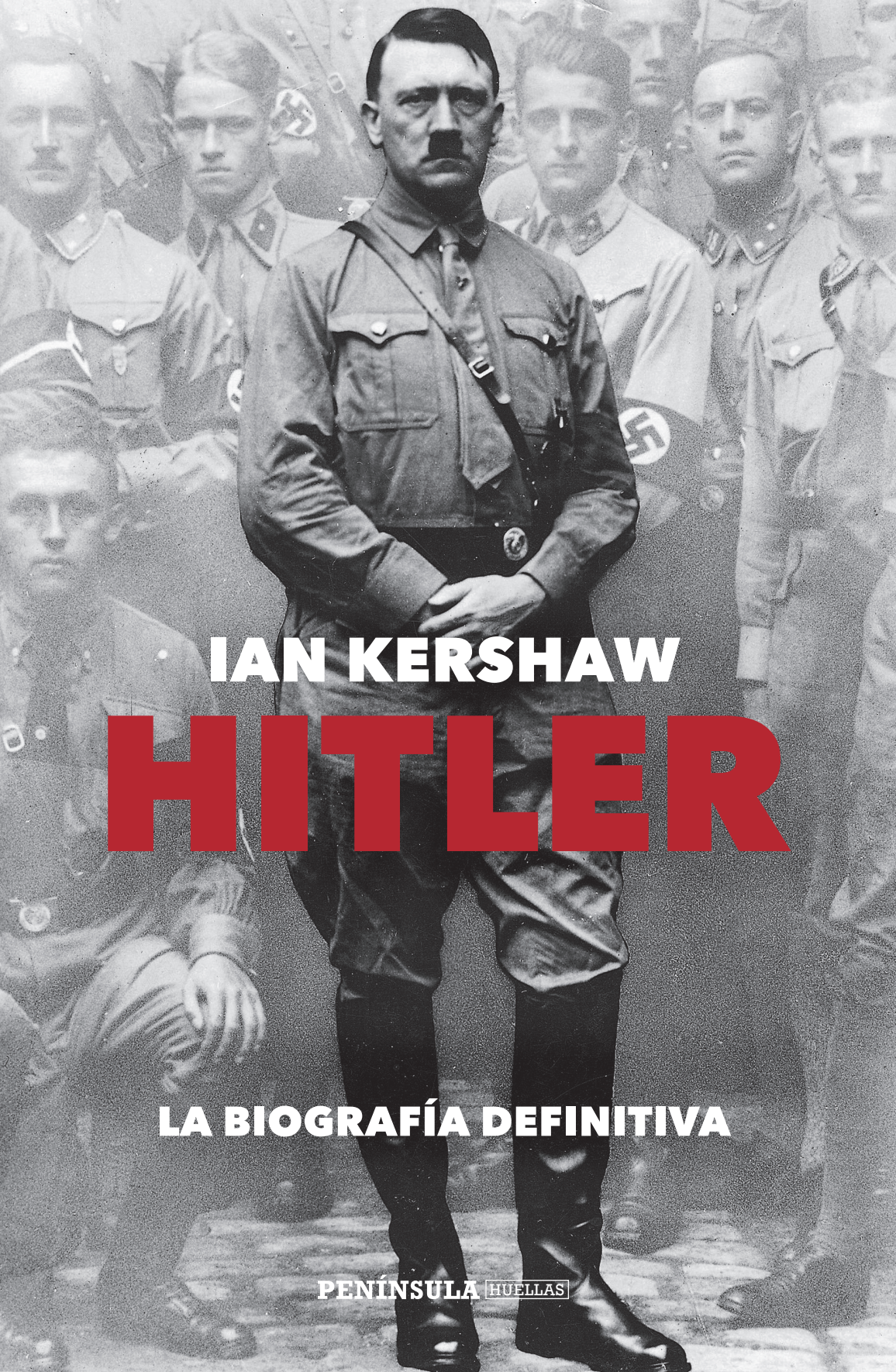




IAN KERSHAW

HITLER

LA BIOGRAFÍA DEFINITIVA

PENÍNSULA HUELLAS

Hitler

Ian Kershaw

**Traducción de Yolanda Fontal
y Carlos Sardiña**

ediciones península

Título original: *Hitler*

© Ian Kershaw, 1998, 2000, 2008
La primera edición fue publicada por Allen Lane,
un sello de Penguin Books Ltd., 2008

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será
sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a
Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2010
Primera edición en este formato: abril de 2015

© de la traducción del inglés: Yolanda Fontal y Carlos Sardiña, 2010

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

HUERTAS INDUSTRIAS GRÁFICAS · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-6.255-2015
ISBN: 978-84-9942-398-2

ÍNDICE

Listado de fotografías	9
Glosario de abreviaturas	17
Mapas	19
Prólogo a la nueva edición	31
Una reflexión sobre Hitler	37
1. Fantasía y fracaso	49
2. Marginado	69
3. Euforia y amargura	103
4. El agitador de cervecería	127
5. El «tambor»	173
6. El surgimiento del líder	215
7. El dominio sobre el movimiento	239
8. Un gran avance	283
9. El ascenso al poder	331
10. La creación de un dictador	361
11. El afianzamiento del poder total	411
12. Trabajar en aras del Führer	435
13. La radicalización incesante	481
14. La ofensiva expansionista	535
15. Señales de una mentalidad genocida	593
16. Jugárselo todo	619
17. Licencia para la barbarie	673
18. La cúspide del poder	715
19. Planificación de una «guerra de aniquilación»	765
20. El enfrentamiento	805
21. El cumplimiento de la «profecía»	863
22. La última gran apuesta	901
23. Asediado	957

ÍNDICE

24. A la espera de milagros	997
25. Una suerte endemoniada	1043
26. Sin salida	1075
27. Hacia el abismo	1129
28. Extinción	1169
 Epílogo	 1209
Principales fuentes primarias sobre Hitler	1227
Índice analítico	1233

FANTASÍA Y FRACASO

I

El primero de los muchos golpes de suerte que favorecerían a Adolf Hitler se produjo trece años antes de su nacimiento. En 1876, el hombre que habría de convertirse en su padre se cambió el nombre de Alois Schicklgruber por el de Alois Hitler. Resulta perfectamente creíble la afirmación de Adolf de que nada de lo que había hecho su padre le había complacido tanto como su renuncia al ordinario y rústico apellido Schicklgruber. No cabe duda de que el saludo «Heil Schicklgruber» habría resultado impropio para un héroe nacional.

Los Schicklgruber habían sido durante generaciones una familia de campesinos, de pequeños agricultores de Waldviertel, una región pintoresca pero pobre, montañosa y boscosa (como su propio nombre indica), situada en el extremo noroccidental de la Baja Austria y limítrofe con Bohemia, cuyos habitantes tenían cierta fama de adustos, tercios y antipáticos. El padre de Hitler, Alois, nació allí el 7 de junio de 1837, en la aldea de Strones, y fue bautizado aquel mismo día con el nombre de Alois Schicklgruber en la cercana Döllersheim. Alois era hijo ilegítimo de Maria Anna Schicklgruber, que a la sazón tenía cuarenta y un años y era hija de un pequeño agricultor pobre llamado Johann Schicklgruber.

El padre de Hitler fue el primer miembro de la familia con ambiciones sociales. En 1855, a la edad de dieciocho años, Alois ya había conseguido un modesto empleo en el Ministerio de Finanzas austríaco. Para un joven de su extracción social y su limitada educación, sus progresos a lo largo de los años siguientes fueron impresionantes. Tras un periodo de formación y después de aprobar el examen obligatorio, consiguió un cargo de supervisor de baja categoría en 1861 y un puesto en el servicio de aduanas en 1864, tras lo cual se

convirtió en oficial de aduanas en 1870. Un año más tarde se trasladó a Braunau am Inn, donde ascendió a inspector de aduanas en 1875.

El cambio de nombre tuvo lugar al año siguiente. Es posible que Alois, que tenía ambiciones sociales, prefiriera la forma menos rústica de «Hitler» (una variante ortográfica de «Hiedler», en otras ocasiones escrito «Hietler», «Hüttler» o «Hütler», que significa «pequeño agricultor» y era el apellido de Johann Georg Hiedler, que se había casado con la madre de Alois y, al parecer, había reconocido la paternidad de éste). En cualquier caso, Alois parecía estar más que satisfecho con su nuevo nombre y, después de haber obtenido la autorización definitiva en enero de 1877, firmaría siempre «Alois Hitler». También a su hijo le satisfacía la forma más característica de «Hitler».

Klara Pölzl, que se habría de convertir en la madre de Adolf Hitler, era la mayor de los tres únicos hijos que sobrevivieron (las otras dos eran Johanna y Theresia) de los once que tuvo el matrimonio formado por Johanna Hüttler, la primogénita de Johann Nepomuk Hüttler, y Johann Baptist Pölzl, también un pequeño agricultor de Spital. Klara creció en la granja contigua a la de su abuelo Nepomuk. A la muerte de su hermano, Johann Georg Hiedler, Nepomuk adoptó a Alois Schicklgruber. De hecho, la madre de Klara, Johanna, y su tía Walburga se habían criado con Alois en la casa de Nepomuk. Oficialmente, tras el cambio de nombre y la legitimación de 1876, Alois Hitler y Klara Pölzl pasaron a ser primos segundos. Aquel mismo año, a la edad de dieciséis años, Klara Pölzl abandonó la granja familiar de Spital y se mudó a Braunau am Inn para trabajar en la casa de Alois Hitler como criada.

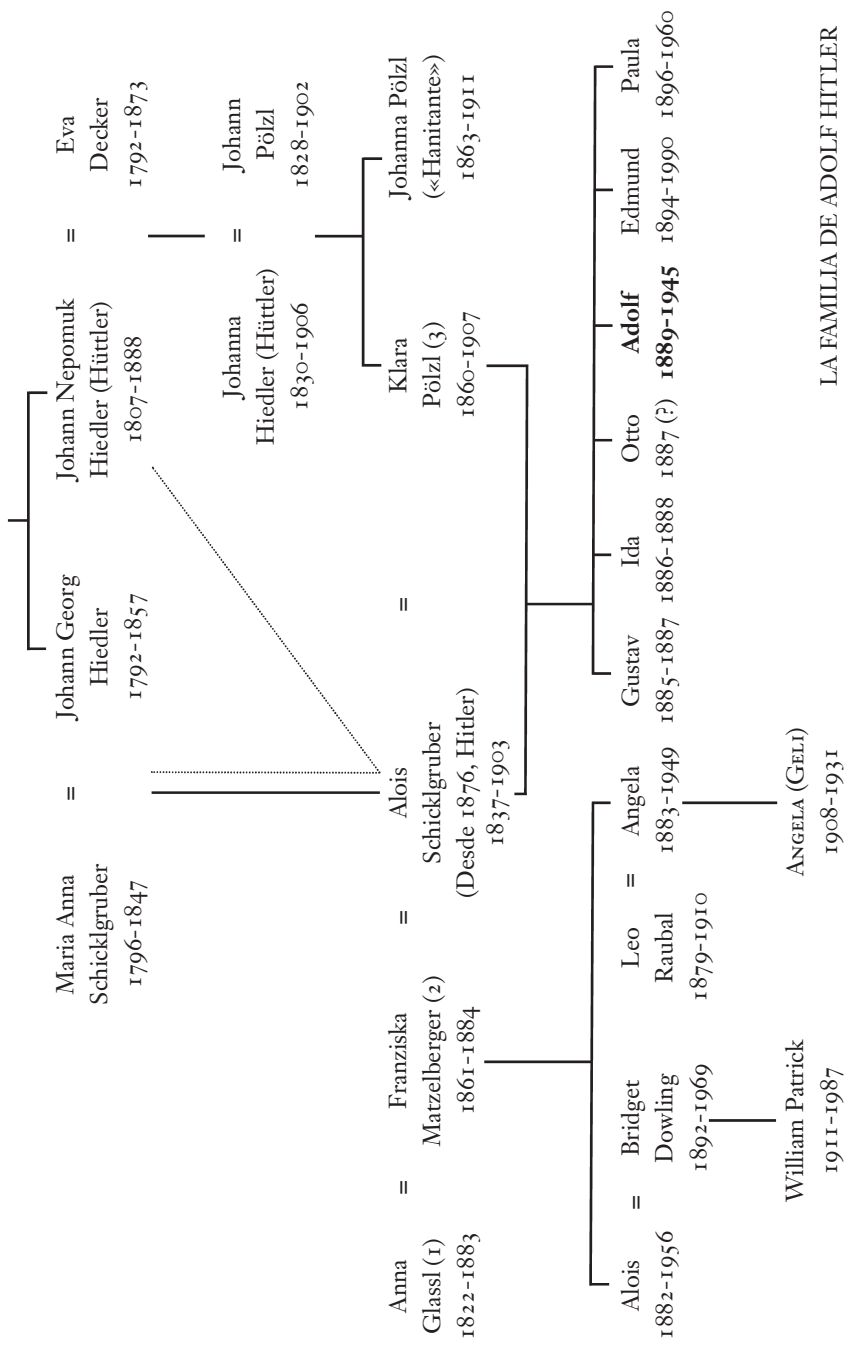
Para entonces, Alois ya era un oficial de aduanas respetado en Braunau. Sin embargo, en su vida privada no había tanto orden como en su carrera profesional. Acabaría casándose tres veces, primero con una mujer mucho mayor que él, Anna Glasserl, de la que se divorció en 1880, y después con dos mujeres lo bastante jóvenes como para poder ser sus hijas. En total tendría nueve hijos, fruto de una relación prematrimonial y de sus dos últimos matrimonios, pero cuatro de ellos murieron en la infancia. Era una vida privada más turbulenta de lo habitual, al menos para un funcionario de aduanas de provincias. Cuando su segunda mujer, Franziska (Fanni) Matzel-

berger, murió de tuberculosis en agosto de 1884 con sólo veintitrés años de edad, sus dos hijos, Alois y Angela, eran todavía muy pequeños. Fanni había sido trasladada a las afueras de Braunau durante su enfermedad para que pudiera beneficiarse del aire fresco del campo. Alois recurrió a Klara Pölzl para que cuidara de sus dos hijos y la llevó de nuevo a Braunau. Nada más enterrar a Fanni, Klara se quedó embarazada. Puesto que oficialmente eran primos segundos, Alois y Klara necesitaban una dispensa de la Iglesia para poder contraer matrimonio. Tras una espera de cuatro meses, durante los cuales el estado de Klara se hizo cada vez más evidente, por fin llegó la dispensa de Roma a finales de 1884 y la pareja se casó el 7 de enero de 1885. La ceremonia se celebró a las seis en punto de la mañana. Nada más terminar una celebración apresurada, Alois volvió a su puesto de trabajo en la aduana.

El primer hijo del tercer matrimonio de Alois, Gustav, nació en mayo de 1885; le siguió en septiembre del año siguiente una segunda hija, Ida, y, sin apenas descanso, otro varón, Otto, que murió a los pocos días de nacer. La tragedia volvería a golpear a Klara poco después, cuando Gustav e Ida contrajeron la difteria y murieron con pocas semanas de diferencia, en diciembre de 1887 y enero de 1888. En el verano de 1888, Klara ya volvía a estar embarazada. A las seis y media de la tarde del 20 de abril de 1889, un Sábado Santo frío y nublado, dio a luz en su casa de la «Gasthof zum Pommer», Vorstadt n.º 219, a su cuarto hijo, el primero que sobreviviría hasta llegar a la edad adulta: Adolf.

Los testimonios históricos sobre los primeros años de vida de Adolf son muy escasos. Su versión en *Mi lucha* adolece de inexactitud en los detalles y de parcialidad en la interpretación de los hechos. Es preciso examinar con sumo cuidado los recuerdos de posguerra de los familiares y conocidos, que a veces son tan poco fiables como las tentativas de glorificar la infancia del futuro Führer que se produjeron durante el Tercer Reich. Hay que asumir el hecho de que existe muy poca información, que no sean conjeturas hechas a posteriori, sobre un periodo de formación tan relevante para psicólogos y «psicohistoriadores».

Cuando Adolf nació, Alois era un hombre bastante acomodado, que cobraba un buen sueldo, bastante más elevado que el de un di-



rector de escuela primaria. La familia estaba formada por Alois, Klara, los dos hijos del segundo matrimonio de Alois, Alois hijo (que abandonaría el hogar en 1896) y Angela, y Adolf y sus hermanos pequeños: Edmund (que nació en 1894, pero falleció en 1900) y Paula (nacida en 1896). También vivía con ellos una cocinera y criada, Rosalia Schichtl. Además, estaba la tía de Adolf, Johanna, una de las hermanas pequeñas de su madre, una mujer irascible y jorobada que, sin embargo, sentía un gran cariño por Adolf y servía de mucha ayuda a Klara en la casa. En el aspecto material, la familia Hitler llevaba una cómoda vida de clase media.

No obstante, la vida familiar no era tan armoniosa y feliz. Alois era el arquetípico funcionario de provincias: pretencioso, orgulloso de su posición social, estricto, sin sentido del humor, austero, puntilloso hasta la pedantería y consagrado al cumplimiento de su deber. Era un miembro respetado de la comunidad local, pero tenía mal genio y podía estallar de forma bastante imprevisible. En su hogar, Alois era un esposo autoritario, despótico y dominante, y un padre severo, distante, tiránico y a menudo irascible. Klara no consiguió librarse de la costumbre de llamarle «tío» hasta mucho después de la boda, e incluso tras la muerte de Alois conservó en la cocina un anaquel con sus pipas y a veces lo señalaba con el dedo cuando se hablaba de él, como si quisiera invocar su autoridad.

La madre compensaba con creces el afecto que los niños no recibían de su padre. Según la descripción que haría de ella mucho después su médico judío, Edward Bloch, tras verse forzado a emigrar de la Alemania nazi, Klara Hitler era «una mujer sencilla, humilde y afable. Era alta, con el cabello castaño cuidadosamente trenzado, el rostro ovalado y los ojos grises azulados con una hermosa expresividad». Era una persona sumisa, retraída y callada, una devota feligresa dedicada a las tareas domésticas y, sobre todo, completamente entregada al cuidado de sus hijos e hijastros. Las muertes con una diferencia de muy pocas semanas de sus tres primeros hijos en la más tierna infancia, entre 1887 y 1888, y el posterior fallecimiento de su quinto hijo, Edmund, antes de cumplir seis años en 1900, debieron de ser golpes terribles para ella. Y convivir con un esposo irascible, insensible y dominante sólo podía aumentar su aflicción. No es de extrañar que diera la impresión de ser una mujer

triste y agobiada por las preocupaciones. Tampoco tiene nada de extraño que sintiera una devoción y un amor asfixiantes y protectores por los dos hijos que sobrevivieron, Adolf y Paula. A cambio, sus hijos e hijastros le profesaban un gran cariño y afecto, sobre todo Adolf. «Aparentemente, el amor que sentía por su madre era su rasgo más llamativo —escribió el doctor Bloch más tarde—. Aunque no era un “niño de mamá” en el sentido que se suele dar a esta expresión, nunca he visto un vínculo más estrecho». En una de las pocas muestras de afecto que aparecen en *Mi lucha*, Adolf escribió: «Había honrado a mi padre, pero amado a mi madre». Llevó consigo una fotografía de ella hasta sus últimos días en el búnker. El retrato de su madre estuvo presente en sus habitaciones de Múnich, Berlín y en el Obersalzberg, su residencia alpina en las inmediaciones de Berchtesgaden. De hecho, es muy probable que su madre fuera la única persona a la que Adolf Hitler amó de verdad en toda su vida.

Así pues, Adolf vivió sus primeros años bajo la agobiante tutela de una madre demasiado protectora en un hogar dominado por la amenazadora presencia de un padre partidario de la disciplina y de cuya ira la sumisa Klara no podía proteger a sus hijos. La hermana menor de Adolf, Paula, describiría después de la guerra a su madre como «una persona muy dulce y tierna, el elemento compensatorio entre un padre casi demasiado duro y unos hijos muy vivaces que quizá fueran algo difíciles de educar. Si alguna vez había riñas o diferencias de opinión entre mis padres —continuaba—, siempre se debía a los hijos. Era sobre todo mi hermano Adolf quien desafiaba a mi padre hasta forzarle a ser extremadamente severo y quien recibía cada día una buena tunda. [...] ¡Cuántas veces, por otro lado, no le acariciaría mi madre e intentaría obtener con amabilidad lo que mi padre no era capaz de conseguir con dureza!». El propio Hitler, durante sus monólogos nocturnos al calor de la lumbre en los años cuarenta, contaba a menudo que su padre perdía súbitamente los estribos y repartía golpes de inmediato. No quería a su padre, decía, pero cada vez le temía más. Solía comentar que su pobre y querida madre, a la que estaba tan unido, vivía constantemente preocupada por las palizas que él tenía que soportar y algunas veces esperaba junto a la puerta mientras recibía una tunda.

Es muy posible que Alois también usara la violencia contra su esposa. Hay un pasaje en *Mi lucha*, en el que Hitler aparentemente describe las condiciones de vida de una familia obrera en la que los hijos tienen que presenciar las palizas que el padre borracho propina a la madre, que muy bien podría estar parcialmente inspirado en sus propias experiencias de la infancia. La influencia exacta que todo esto pudo tener en el desarrollo del carácter de Adolf pertenece al terreno de la conjetura, pero no cabe duda alguna de que su impacto fue profundo.

Lo que es incuestionable es que, bajo la superficie, ya se estaba formando el Hitler posterior. Aunque se trate de especulaciones, no es difícil imaginar que, en las influencias subliminales de las circunstancias familiares del joven Adolf Hitler, se hallaba el origen del posterior desprecio condescendiente que sentía por la sumisión de las mujeres, el ansia de dominio (y el simbolismo del líder como una figura paterna severa y autoritaria), la incapacidad para entablar relaciones personales profundas, la fría brutalidad correspondiente hacia el género humano y, lo que no es menos importante, una capacidad para odiar tan profunda, que tenían que ser el reflejo de un inmenso trasfondo de odio hacia sí mismo oculto por el extremo narcisismo que le servía de contrapunto. Pero todas estas suposiciones siguen siendo meras conjeturas. Las señales externas de los primeros años de vida de Adolf, en la medida en que es posible reconstruirlas, no ofrecen indicio alguno de lo que habría de aflorar más tarde. Los intentos de hallar en el niño «la personalidad retorcida oculta en el interior del dictador criminal» han resultado poco convincentes. Si dejamos aparte nuestro conocimiento de lo que habría de suceder, su situación familiar suscita, en general, compasión por el niño expuesto a ella.

II

Alois Hitler fue siempre una persona inquieta. Los Hitler cambiaron de domicilio varias veces en Braunau, por lo que se vieron desarraigados en varias ocasiones. En noviembre de 1898, Alois se trasladó definitivamente cuando compró una casa con una pequeña

parcela de tierra en Leonding, un pueblo de las afueras de Linz. A partir de ese momento, la familia se estableció en la zona de Linz. Adolf consideraría Linz su ciudad hasta los últimos días en el búnker, en 1945. Linz le recordaría los días felices y despreocupados de su juventud y la asociaba a su madre. Además, era la ciudad más «alemana» del Imperio austríaco. Era evidente que, para él, Linz simbolizaba la idílica pequeña localidad alemana de provincias, una imagen que, durante toda su vida, contrapondría a la ciudad que pronto habría de conocer y detestar, Viena.

Por aquel entonces Adolf estaba matriculado en su tercera escuela de enseñanza primaria. Al parecer, se integró rápidamente entre sus nuevos condiscípulos y se convirtió en «un pequeño cabecilla» en los juegos de policías y ladrones a los que los muchachos de la aldea jugaban en los bosques y campos cercanos a sus casas. Tenían especial preferencia por los juegos de guerra. El propio Adolf estaba entusiasmado con una historia ilustrada de la guerra franco-prusiana que había encontrado en su casa. Cuando estalló la guerra de los bóers, los juegos giraban en torno a las heroicas hazañas de éstos, a quienes los muchachos del pueblo apoyaban con fervor. Por aquella época, Adolf comenzó a sentirse fascinado por las historias de aventuras de Karl May, cuyos relatos populares del Salvaje Oeste y las guerras contra los indios (aunque May nunca puso un pie en América) cautivaron a miles de jóvenes. La mayoría de esos jóvenes dejó atrás las aventuras de Karl May y las fantasías infantiles que les inspiraban cuando se hicieron adultos. Sin embargo, la fascinación de Adolf por Karl May nunca se desvaneció. Siguió leyendo las historias de May cuando fue canciller del Reich e incluso se las recomendaba a sus generales, a los que acusaba de falta de imaginación.

Adolf hablaría más tarde de «aquella época feliz» en la que «los deberes escolares eran ridículamente fáciles y me dejaban tanto tiempo libre, que me veía más el sol que mi habitación», cuando «las praderas y los bosques eran el campo de batalla en el que los omnipresentes “antagonismos” —el creciente conflicto con su padre— alcanzaron un punto crítico».

No obstante, en 1900 los días sin preocupaciones estaban tocando a su fin. Justamente en la época en que había que tomar decisiones importantes sobre el futuro de Adolf y sobre qué tipo de educa-

ción secundaria debía seguir, la familia de Hitler se sumió una vez más en la aflicción con la muerte, como consecuencia del sarampión, del hermano pequeño de Hitler, Edmund, el 2 de febrero de 1900. Alois ya había visto cómo su primogénito, Alois hijo, le despreciaba y vivía lejos del hogar familiar, por lo que las ambiciones sociales que pudiera albergar para su descendencia se centraban en Adolf. Esas ambiciones habrían de causar no pocas tensiones entre padre e hijo en los años que le quedaban de vida a Alois.

Adolf comenzó su educación secundaria el 17 de septiembre de 1900. Su padre eligió la *Realschule* en lugar del *Gymnasium*, es decir, una escuela que concedía menos importancia a las materias clásicas y humanísticas tradicionales pero que se consideraba igualmente una preparación para la enseñanza superior, con un énfasis mayor en asignaturas más «modernas», incluidos los estudios científicos y técnicos. Según Adolf, en su padre influyeron las aptitudes que ya mostraba para el dibujo, así como su desprecio por la falta de valor práctico de los estudios humanísticos debido al duro camino que había tenido que recorrer para ascender en su carrera. Aquella no era la trayectoria habitual para un futuro funcionario, que era lo que Alois tenía en mente para su hijo, pero el propio Alois había hecho una buena carrera al servicio del Estado austríaco prácticamente sin tener una educación formal digna de mención.

La transición a la escuela secundaria fue dura para el joven Adolf. Cada día tenía que recorrer a pie el trayecto desde su casa en Leonding hasta la escuela, que estaba en Linz, una caminata de más de una hora de ida y otra de vuelta que le dejaba poco o ningún tiempo libre para entablar amistades fuera de la escuela. Aunque seguía siendo un pez grande en un estanque pequeño entre los muchachos de la aldea de Leonding, sus compañeros de la nueva escuela no le hacían demasiado caso. No tenía amigos íntimos en la escuela y tampoco trató de tenerlos. Y la atención que le había prestado su maestro de la aldea fue sustituida por el trato más impersonal de los diferentes profesores responsables de cada asignatura. El esfuerzo mínimo que Adolf había tenido que dedicar para cumplir las obligaciones de la escuela primaria ya no era suficiente. Su trabajo escolar, que había sido tan bueno en la escuela primaria, se resintió desde el principio y su comportamiento mostraba claros indicios de inmadu-

rez. El expediente escolar de Adolf fluctuó entre lo malo y lo mediocre hasta el momento en que dejó el instituto en otoño de 1905.

En una carta al abogado defensor de Hitler fechada el 12 de diciembre de 1923, tras el fallido intento de golpe de Estado en Múnich, su antiguo profesor, el doctor Eduard Huemer, recordaba a Adolf como un joven delgado y pálido que caminaba cada día desde Leonding hasta Linz para ir a la escuela, un chico que no utilizaba todo su talento, no se aplicaba y era incapaz de adaptarse a la disciplina escolar. Le calificaba de testarudo, arrogante, dogmático e irascible. Recibía las críticas de sus profesores con una insolencia apenas disimulada. Era dominante con sus condiscípulos y el cabe-cilla del tipo de travesuras inmaduras que Huemer atribuía a una desmedida afición por las historias de indios de Karl May, unida a una propensión a perder el tiempo que las caminatas diarias de ida y vuelta desde Leonding no hacían más que exacerbar.

Apenas cabe ninguna duda de que la actitud de Hitler hacia su escuela y hacia sus profesores (con una sola excepción) fue mordazmente negativa. Salió de la escuela «con un odio primario» hacia ella y más tarde se burló de su educación y de sus profesores y los ridiculizó. En *Mi lucha* sólo destacó a su profesor de historia, el doctor Leopold Pötsch, a quien elogiaba por suscitar su interés con vívidas narraciones e historias heroicas del pasado alemán, que despertaron en el joven Hitler sentimientos muy fuertes de nacionalismo alemán y en contra de los Habsburgo (que, en cualquier caso, eran muy comunes en su escuela y en Linz en general).

Los problemas de adaptación a los que Hitler se enfrentó en la *Realschule* se vieron agravados por el deterioro de las relaciones con su padre y la herida abierta por las disputas sobre la futura carrera del muchacho. Para Alois, las virtudes de una carrera en el funcionariado eran innegables. Sin embargo, todos los intentos de contagiar a su hijo su entusiasmo toparon con un rechazo inflexible. «La sola idea de estar sentado en una oficina, privado de mi libertad, y de dejar de ser dueño de mi propio tiempo, me hacía bostezar y me provocaba náuseas», escribió Adolf en *Mi lucha*.

Cuanto más se resistía Adolf a la idea, más autoritario e insistente se volvía su padre. Adolf era igual de testarudo y cuando alguien le preguntaba qué planes tenía para el futuro, él contestaba que

quería ser artista, algo totalmente inconcebible para el adusto funcionario austríaco Alois. «¡Artista no, jamás mientras yo viva!», decía, según Hitler. Es dudoso que el joven Adolf, que supuestamente tenía doce años, especificara tan claramente que quería ser artista, pero parece seguro que existía un conflicto con su padre debido a que se negaba a hacer carrera en el funcionariado y a que Alois era muy crítico con la vida indolente y sin objetivos de su hijo, en la que el principal interés parecía ser el dibujo. Alois se había abierto camino a fuerza de laboriosidad, diligencia y esfuerzo desde unos orígenes humildes hasta alcanzar una posición honorable y respetable al servicio del Estado. Su hijo, que provenía de un entorno más privilegiado, estimaba conveniente no hacer nada más que perder el tiempo dibujando y soñando, no se esforzaba en los estudios, no tenía ninguna carrera profesional en perspectiva y despreciaba la que lo había significado todo para su padre. Por lo tanto, el conflicto entre ambos iba más allá de un mero rechazo a la carrera de funcionario. Era un rechazo a todo lo que representaba su padre y, de ese modo, un rechazo a su propio padre.

La adolescencia de Adolf fue, como él mismo observó en *Mi lucha*, «muy dolorosa». Con el traslado a la escuela de Linz y el comienzo del conflicto soterrado con su padre, se había iniciado una importante etapa formativa en el desarrollo de su carácter. El muchacho feliz y alegre de los tiempos de la escuela primaria se había convertido en un adolescente perezoso, resentido, rebelde, huraño, obstinado y sin objetivos.

Cuando el 3 de enero de 1903 su padre sufrió un colapso y murió mientras bebía su vaso de vino matutino en la Gasthaus Wiesinger, la lucha de voluntades en torno al futuro de Adolf tocó a su fin. Alois dejó a su familia en una buena posición económica e, independientemente de los ajustes emocionales que tuviera que hacer su viuda Klara, es poco probable que Adolf, a partir de entonces el único «hombre de la casa», llorara la pérdida de su padre. Con la muerte de éste, desapareció gran parte de la presión paterna. Su madre hizo todo lo posible para convencer a Adolf de que cumpliera los deseos de éste, pero rehuía el conflicto y, por mucho que le preocupara el futuro de su hijo, estaba más que dispuesta a ceder a sus caprichos. En cualquier caso, su mal rendimiento escolar bastaba por sí solo

para descartar cualquier esperanza realista de seguir una carrera en el funcionariado.

Su expediente escolar continuó siendo mediocre durante los dos años siguientes. En otoño de 1905, a la edad de dieciséis años, utilizó una enfermedad (fingida o, más probablemente, auténtica pero exagerada) para convencer a su madre de que no estaba en condiciones de seguir estudiando y dejó atrás definitivamente los estudios, muy contento, sin haber planeado una carrera profesional futura.

En *Mi lucha* Hitler pasa casi completamente por alto el periodo comprendido entre el momento en que abandonó la escuela en el otoño de 1905 y el fallecimiento de su madre a finales de 1907. En esos dos años Adolf llevó una vida de parasitaria ociosidad; su madre, que lo adoraba, le daba dinero, lo mantenía, lo cuidaba y lo mimaba, y tenía su propia habitación en el confortable piso de Humboldtstraße, en Linz, al que la familia se había mudado en junio de 1905. Su madre, su tía Johanna y su hermana pequeña, Paula, estaban allí para atender todas sus necesidades, para lavar la ropa, limpiar y cocinar para él. Su madre incluso le compró un piano de cola, y recibió clases durante cuatro meses, entre octubre de 1906 y enero de 1907. Durante el día pasaba el tiempo dibujando, pintando, leyendo o escribiendo «poesía» y reservaba las noches para ir al teatro o a la ópera; y soñaba y fantaseaba a todas horas sobre el futuro que le esperaba como un gran artista. Se quedaba despierto hasta altas horas de la madrugada y se levantaba muy tarde por las mañanas. No tenía ningún objetivo concreto en perspectiva. Su estilo de vida indolente, la desmesura de sus fantasías y su falta de disciplina para el trabajo sistemático (todas ellas características del Hitler posterior) son evidentes ya en aquellos dos años en Linz. No es extraño que Hitler llegara a describir aquella época como «los días más felices, que se me antojaban casi un sueño maravilloso».

El único amigo de Hitler en aquella época, August Kubizek, hijo de un tapicero de Linz que albergaba sus propios sueños de convertirse en un gran músico, describió su despreocupada vida en Linz entre 1905 y 1907. Es necesario leer con cautela las memorias que escribió Kubizek en la posguerra, tanto en lo que respecta a los detalles como a la interpretación de los hechos. Son una versión prolija y embellecida de los recuerdos que originalmente le había encar-

gado recopilar el Partido Nazi. Incluso de forma retrospectiva, la admiración que Kubizek seguía profesando a su antiguo amigo influyó en su criterio. Es más, resulta obvio que Kubizek inventó muchas cosas, basó algunos pasajes en la propia versión de Hitler en *Mi lucha* e incluso rozó el plagio a fin de ampliar su escasa memoria. No obstante, pese a todos sus fallos, sus memorias han resultado ser una fuente de información sobre la juventud de Hitler más creíble de lo que se pensaba, sobre todo en lo que respecta a las vivencias relacionadas con el propio interés de Kubizek por la música y el teatro. No cabe ninguna duda de que, pese a sus deficiencias, contienen importantes reflexiones sobre la personalidad del joven Hitler y muestran, en estado embrionario, algunas características que habrían de ser muy prominentes en años posteriores.

August Kubizek, «Gustl», era unos nueve meses mayor que Adolf. Se conocieron por casualidad en el otoño de 1905 (no en 1904, como afirmaba Kubizek) en la ópera de Linz. Adolf era un fanático admirador de Wagner desde hacía años y Kubizek compartía su amor por la ópera, sobre todo por las obras del «maestro de Bayreuth». Gustl era sumamente influenciado y Adolf buscaba a alguien a quien impresionar. Gustl era sumiso, dependiente y carecía de voluntad; Adolf era altanero, dominante y autoritario. Gustl no tenía ideas firmes sobre nada o casi nada; Adolf tenía una opinión contundente sobre todo. «Tenía que hablar —recordaba Kubizek— y necesitaba a alguien que lo escuchara». Por su parte, Gustl, que pertenecía a una familia de artesanos, había ido a una escuela peor que la del joven Hitler, por lo que se sentía inferior tanto desde el punto de vista social como educativo, y admiraba sin reservas la capacidad de Adolf para expresarse. Tanto si peroraba sobre los defectos de los funcionarios o los maestros de escuela, los impuestos locales o las loterías para la beneficencia, las representaciones de la ópera o los edificios públicos de Linz, Gustl lo escuchaba fascinado, como nunca lo había estado antes. No sólo le atraía lo que su amigo tenía que decir, sino la manera en que lo decía. Gustl, que se describía a sí mismo como un joven tranquilo y soñador, había encontrado el complemento ideal en el dogmático, arrogante y «sabelotodo» Hitler. Era una relación perfecta.

Por las noches solían ir, ataviados con sus mejores galas, al teatro

o a la ópera. El pálido y enclenque Hitler, luciendo un bigote incipiente, con su abrigo negro y su sombrero oscuro, tenía todo el aspecto de un petimetre, una imagen que completaba un bastón negro con la empuñadura de marfil. Tras la función, Adolf siempre hablaba largo y tendido, ya fuera para criticar acaloradamente la representación o para alabarla con un efusivo entusiasmo. Pese a que el talento y los conocimientos musicales de Kubizek eran mayores que los de Hitler, seguía siendo el compañero pasivo y sumiso durante aquellas «discusiones».

La pasión de Hitler por Wagner no conocía límites. Una representación podía afectarle casi tanto como una experiencia religiosa, sumiéndole en profundas y místicas ensoñaciones. Para Adolf, Wagner era el genio artístico supremo y el modelo a imitar. Los impactantes dramas musicales de Wagner, su evocación de un pasado germánico heroico, lejano y cargado de un misticismo sublime, entusiasaban a Hitler. La primera ópera de Wagner que vio, y la que sería siempre su favorita, fue *Lobengrin*, la saga del misterioso caballero del Santo Grial, paradigma del héroe teutónico, a quien su padre Parsifal envía, desde el castillo de Monsalvat, a rescatar a la pura doncella Elsa, injustamente condenada, quien acabaría traicionando al héroe.

Los temas de conversación cuando Adolf y Gustl estaban juntos eran, aún más que la música, el gran arte y la arquitectura. Para ser más exactos, el tema era Adolf, el futuro gran genio del arte. El joven y peripuesto Hitler despreciaba la idea de trabajar para ganarse el pan. Embelesaba al impresionable Kubizek con fantasías en las que se describía a sí mismo como un gran artista y a su amigo como un músico de primera fila. Mientras Kubizek trabajaba duramente en el taller de su padre, Adolf pasaba el tiempo dibujando y soñando. Se veían cuando Gustl salía del trabajo y, mientras ambos amigos paseaban por Linz de noche, Hitler le aleccionaba sobre la necesidad de demoler, remodelar y reemplazar los edificios públicos del centro y le mostraba a su amigo innumerables bocetos de sus planes de reconstrucción.

Aquel mundo imaginario también incluía el encaprichamiento de Adolf con una chica que ni siquiera sabía que él existía. Stefanie, una elegante y joven dama de Linz a la que se podía ver paseando

por la ciudad del brazo de su madre y a la que de vez en cuando saludaba alguno de los admiradores que tenía entre los jóvenes oficiales, era para Hitler un ideal al que había que admirar de lejos y no acercarse en persona, un personaje de su fantasía que esperaba al gran artista hasta que llegara el momento adecuado para su matrimonio y, a partir de entonces, ambos vivirían en la magnífica villa que él diseñaría para ella.

Los planes de futuro que hizo Hitler hacia 1906 cuando los dos amigos compraron juntos un billete de la lotería también permiten entrever aquel mundo de fantasía. Adolf estaba tan seguro de que iban a ganar el primer premio, que diseñó un elaborado proyecto para su futura residencia. Los dos jóvenes llevarían una vida artística, les atendería una dama de mediana edad que satisficiera todos sus requisitos artísticos (ni Stefanie ni ninguna mujer de su misma edad formaban parte de aquella fantasía), viajarían a Bayreuth y Viena, y harían otras visitas de valor cultural. Tan seguro estaba Adolf de que iban a ganar, que montó en cólera contra la lotería estatal cuando su pequeña apuesta se quedó en nada.

En la primavera de 1906 Adolf convenció a su madre para que le pagara su primer viaje a Viena, supuestamente para estudiar la pinacoteca del Museo de la Corte, aunque lo más probable es que su objetivo fuera satisfacer su deseo cada vez mayor de visitar los lugares de interés cultural de la capital imperial. Durante dos semanas, quizá más, vagó por Viena como turista, disfrutando de los numerosos atractivos de la ciudad. Se desconoce dónde se alojó. Las cuatro postales que envió a su amigo Gustl y sus observaciones en *Mi lucha* muestran lo mucho que le cautivaron la majestuosidad de los edificios y el trazado del Ringstraße. Por lo demás, parece ser que dedicó el tiempo a ir al teatro y que le maravilló la Ópera de la Corte, donde las producciones de *Tristán* y *El holandés errante* de Wagner a cargo de Gustav Mahler deslucían las de la provinciana Linz. Su estancia en la ciudad reforzó una idea que probablemente ya tenía en mente, la de iniciar su carrera artística en la Academia de Bellas Artes de Viena.

Cuando llegó el verano de 1907, esa idea ya había adoptado una forma más concreta. Adolf tenía entonces dieciocho años, pero aún no había trabajado ni un solo día de su vida para ganarse el pan y

seguía llevando una vida de zángano sin ninguna perspectiva profesional. A pesar del consejo de algunos familiares de que ya era hora de que buscara un trabajo, convenció a su madre para que le dejara regresar a Viena, esta vez con la intención de ingresar en la Academia. Por muchas reservas que pudiera albergar, la perspectiva de que Adolf realizara unos estudios sistemáticos en la Academia de Viena debió de parecerle una mejora con respecto a la existencia sin norte que llevaba en Linz. Además, no tenía por qué preocuparse del bienestar material de su hijo. La «Hanitante» de Adolf, su tía Johanna, había ofrecido un préstamo de 924 coronas para financiar los estudios artísticos de su sobrino, lo que proporcionaba a Hitler el equivalente aproximado al sueldo anual de un joven abogado o profesor.

En aquella época su madre estaba gravemente enferma de un cáncer de mama. Ya se había sometido a una operación en enero y el médico judío de la familia, el doctor Bloch, la visitó con frecuencia en primavera y a principios de verano. Frau Klara, que por aquel entonces vivía en el nuevo hogar familiar de Urfahr, un barrio residencial de Linz, debía de estar enormemente preocupada no sólo por los crecientes gastos médicos, sino también por su hija Paula, de once años, que aún estaba en casa y de la que se hacía cargo la tía Johanna, y por su hijo predilecto, Adolf, cuyo futuro seguía sin estar claro. No cabe duda de que Adolf, a quien el doctor Bloch describió como un muchacho alto, pálido y de aspecto frágil que «vivía ensimismado», estaba sinceramente preocupado por su madre. Pagó la factura de 100 coronas cuando su madre estuvo ingresada durante veinte días en el hospital a principios de año, lloró cuando el doctor Bloch les dio a él y a su hermana la mala noticia de que su madre apenas tenía posibilidades de sobrevivir al cáncer, cuidó de ella durante su enfermedad y le angustiaban los fuertes dolores que padecía. Al parecer, también tuvo que asumir la responsabilidad de tomar las decisiones sobre los cuidados de su madre. No obstante, a pesar de que el estado de su madre empeoraba cada día, Adolf seguía adelante con sus planes de irse a Viena. A principios de septiembre de 1907 viajó a la capital para presentarse al examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes.

Para acceder al examen propiamente dicho había que superar una prueba de admisión en la que se evaluaban las obras presentadas

por los candidatos. Adolf escribió más tarde que salió de su casa «cargado con un montón enorme de dibujos». Era uno de los 113 candidatos que se presentaban y consiguió acceder al examen de ingreso. Treinta y tres candidatos quedaron excluidos tras la prueba inicial. A principios de octubre se sometió a los dos duros exámenes de tres horas en los que los candidatos tenían que hacer dibujos sobre temas determinados. Sólo veintiocho de ellos aprobaron y Hitler no fue uno de ellos. «Prueba de dibujo insatisfactoria. Pocas cabezas», fue el veredicto.

Por lo visto, Hitler tenía tanta confianza en sí mismo, que nunca se le pasó por la cabeza la posibilidad de suspender el examen de ingreso en la Academia. En *Mi lucha* escribió que estaba «convencido de que sería un juego de niños aprobar el examen. [...] Estaba tan convencido de que lo lograría, que cuando recibí el suspenso, fue como si me hubiera caído un rayo del cielo». Cuando pidió una explicación al director de la Academia, éste le dijo que era indudable que no estaba capacitado para estudiar en la escuela de pintura, pero que estaba claro que tenía aptitudes para la arquitectura. Más tarde Hitler contó que salió de la entrevista «en conflicto conmigo mismo por primera vez en mi joven vida». También escribió que, tras pasar algunos días reflexionando sobre su futuro, llegó a la conclusión de que el dictamen del director era correcto y de «que debía llegar a ser arquitecto algún día», aunque ni entonces ni más tarde hizo nada para remediar las carencias educativas que suponían un enorme obstáculo para estudiar la carrera de arquitectura. En realidad, es probable que Adolf no se recuperara del golpe tan rápidamente como su propia versión da a entender y el hecho de que volviera a solicitar el ingreso en la escuela de pintura al año siguiente pone en entredicho la versión de que reconoció de inmediato que su futuro estaba en la arquitectura. En cualquier caso, el rechazo de la Academia supuso un golpe tan fuerte para su orgullo, que lo mantuvo en secreto y ni siquiera le contó su fracaso a su amigo Gustl o a su madre.

Mientras tanto, Klara Hitler yacía en su lecho de muerte. El brusco deterioro de su estado hizo que Adolf regresara de Viena y hacia finales de octubre el doctor Bloch le dijo que no había ninguna esperanza para su madre. Adolf, profundamente afectado por la noticia, hizo mucho más que limitarse a cumplir con su deber. Tanto su

hermana Paula como el doctor Bloch darían fe más tarde de los cuidados abnegados e «infatigables» que Adolf le prodigó a su madre moribunda. Pero a pesar de la constante atención médica del doctor Bloch, la salud de Klara se deterioró rápidamente durante el otoño. El 21 de diciembre de 1907, a la edad de cuarenta y siete años, falleció tranquilamente. Pese a haber presenciado numerosas escenas en el lecho de muerte, el doctor Bloch recordaría: «Nunca he visto a nadie tan abatido por la pena como a Adolf Hitler». La muerte de su madre fue «un golpe terrible —escribiría Hitler en *Mi lucha*—, especialmente para mí». Se sintió solo y afligido ante su muerte. Había perdido a la única persona por la que había sentido alguna vez un cariño y un afecto auténticos.

«La pobreza y la dura realidad —afirmaría más tarde Hitler— me obligaron a tomar una decisión rápida. La mayor parte de lo poco que nos había dejado mi padre se había gastado en la grave enfermedad de mi madre. La pensión de orfandad que me correspondía ni siquiera me bastaba para vivir, por lo que hube de enfrentarme al problema de buscar cómo ganarme la vida de algún modo». Y seguía diciendo que cuando regresó a Viena por tercera vez tras la muerte de su madre, en aquella ocasión para quedarse algunos años, recuperó su antiguo espíritu desafiante y su determinación y vio claro cuál era su objetivo: «Quería convertirme en arquitecto y los obstáculos no existen para rendirse ante ellos, sino para derribarlos». Aseguraba que se había propuesto superar todos los obstáculos inspirado en el ejemplo de su padre, que había ascendido gracias a su propio esfuerzo desde la pobreza hasta ocupar un cargo de funcionario del gobierno.

En realidad, la buena gestión doméstica de su madre, junto con la importante aportación económica de su hermana Johanna, habían dejado dinero más que suficiente para pagar los considerables gastos médicos, así como un funeral relativamente caro. Tampoco es cierto que Adolf se quedara prácticamente sin dinero ni que tuviera que ganarse la vida inmediatamente. Sin duda, la pensión de orfandad de 25 coronas que recibían él y su hermana Paula (de la que se hicieron cargo su hermanastra Angela y el marido de ésta, Leo Raubal) apenas daba para mantenerse en una Austria sumida en la inflación. Y, exceptuando los intereses, Adolf y Paula no podían tocar la herencia

de su padre hasta que no cumplieran veinticuatro años. Pero se repartió entre los dos huérfanos el dinero que había dejado su madre, una cifra que quizás ascendía a unas dos mil coronas tras pagar los gastos del funeral. La parte de Adolf, sumada a su pensión de orfandad, bastaba para cubrir sus gastos en Viena durante un año sin tener que trabajar. Además, todavía le quedaba dinero del generoso préstamo de su tía. No tenía la seguridad financiera que en ocasiones se le ha atribuido pero, en general, su situación económica en aquella época era sustancialmente mejor que la de la mayoría de los auténticos estudiantes de Viena.

Por otra parte, Adolf tenía menos prisa por dejar Linz de lo que da a entender en *Mi lucha*. Aunque su hermana declaró casi cuarenta años más tarde que Adolf se había ido a Viena pocos días después de la muerte de su madre, hay constancia de que aún seguía en Urfahr a mediados de enero y a mediados de febrero de 1908. A menos que hiciera breves visitas a Viena entre esas fechas, lo que parece improbable, todo apunta a que permaneció en Urfahr al menos siete semanas tras la muerte de su madre. El libro de cuentas de la familia indica que la ruptura con Linz no se produjo antes de mayo.

Cuando regresó a Viena en febrero de 1908 no lo hizo para dedicar todos sus esfuerzos a convertirse en un arquitecto, sino para volver a caer en la vida de indolencia, ociosidad y autocomplacencia que había llevado antes de la muerte de su madre. Incluso convenció a los padres de Kubizek de que permitieran a August dejar su trabajo en la tapicería familiar y se fuera a vivir con él a Viena para estudiar música.

Su intento fallido de ingresar en la Academia y la muerte de su madre, dos hechos que se produjeron en menos de cuatro meses a finales de 1907, supusieron un doble golpe demoledor para el joven Hitler. Su sueño de convertirse en un gran artista y alcanzar la fama sin esfuerzo había sufrido un duro revés, y había perdido a la única persona de la que dependía emocionalmente, ambas cosas casi al mismo tiempo. Su fantasía de ser un artista persistió. El simple hecho de pensar en una alternativa, como sentar la cabeza y tener un trabajo fijo en Linz, le resultaba sencillamente odioso. Una vecina de Urfahr, la viuda del jefe de correos local, recordaría más tarde:

«Cuando el administrador de correos le preguntó un día qué quería hacer para ganarse la vida y si quería trabajar en la oficina de correos, respondió que su intención era convertirse en un gran artista. Cuando se le recordó que carecía del dinero y los contactos personales necesarios, contestó secamente: “Makart y Rubens salieron adelante pese a ser de origen humilde”». Lo que no estaba nada claro era cómo podía emularles. Su única esperanza era volver a examinarse para ingresar en la Academia al año siguiente. Debía de ser consciente de que no tenía muchas posibilidades, pero no hizo nada para que aumentaran. Mientras tanto, debía apañárselas en Viena.

A pesar de los drásticos cambios de sus perspectivas y de su situación, Adolf no alteró lo más mínimo su modo de vida, su existencia sin rumbo en un mundo de fantasía egoísta. No obstante, el paso del acogedor provincianismo de Linz al crisol político y social de Viena supuso una transición crucial. Sus vivencias en la capital austríaca habrían de dejar una huella indeleble en el joven Hitler y serían determinantes para la formación de sus prejuicios y de sus fobias.